

quiera que volvamos la mirada en el mundo, hacia lo grande ó hacia lo pequeño, en la constitución del sistema solar ó en la estructura y nutrición del más diminuto insecto, vemos empleados medios por los cuales se consiguen fines. Podemos decir que el mundo es un todo en que se ostenta una ordenación admirablemente conveniente. Es así que el proponer fines y proveer medios es precisamente lo que caracteriza á la razón, pues ése es ministerio exclusivo de la inteligencia; luego es fuerza que supongamos como causa del mundo un ser en el que se encuentre una razón, una inteligencia superior á toda capacidad intelectual conocida. KUÑO FISCHER dice acerca de este argumento que lleva á los demás la muy valiosa ventaja estética y religiosa de arrancar de una contemplación de la naturaleza que no puede menos de levantar los corazones, por lo cual nunca ha dejado de conquistarlos. Pero, añade el mismo autor, levantar las alas del corazón no vale tanto como convencer al entendimiento, y al punto trata de mostrar que el argumento no es concluyente en ningún extremo.

No hay que negar que este argumento fué siempre caro á todos los que no tenían ningún interés en combatir en sí mismos la conciencia del verdadero Dios, y por este argumento suele llamarse *religiosa* á secas hasta aquella contemplación del mundo que se ocupa en los *fines* en la naturaleza. Importa, por tanto, mucho someter á un examen crítico todas las dudas y objeciones que la ciencia moderna ha opuesto al argumento en cuestión. Conviene dividir las en tres grupos. Dúdase:

*Primero.* Si hay efectiva y regularmente conveniencia y orden en la naturaleza.

*Segundo.* Si el orden final, dándole por existente, es también *tendencia final*; quiere decir, si la conveniencia observada en la naturaleza se halla en ella solamente como *resultado*, ó si es preciso también admitirla como *principio*.

*Tercero.* Si la *tendencia final*, cuya acción muestra la naturaleza, según se probará, debe tener su razón última en un ser extramundano, ó sea en *Dios*.

En otros lugares (n.ºm. 171 y siguientes, 202 y siguientes, 460 y siguientes) tuvimos ocasión de ocuparnos en estos tres puntos, y también hemos defendido ya los dos primeros contra las objeciones de los contrarios. Resta, por tanto, que hagamos lo mismo respecto del tercero, demostrando que la conclusión de un autor inteligente del mundo sostiene victoriosa cuantos ataques se le dirigen.

Es otra vez el gran crítico de la razón pura el que suministra casi todo el material á los adversarios del argumento teleológico. Las dudas de KANT se contienen en el resumen siguiente: "Este

argumento merece ser nombrado siempre con respeto, porque es el más antiguo, el más claro y el más apropiado á la razón común de los hombres. Con todo, tampoco él puede reclamar certeza apodictica. Porque, primero, este raciocinio, tomado de la analogía de artefactos humanos, no podrá conducir sino á un autor sabio de la *forma* del mundo, pero no de su substancia ó materia, ni de consiguiente á un *Criador* del mundo y ser primordial omnisciente. Para alcanzar también esto habría que volver sobre el argumento cosmológico, y, por tanto, al fin sobre el argumento ontológico. A más de esto, si la experiencia enseñase, en efecto, semejante conveniencia y sabiduría infalible de los acontecimientos naturales, sería tan dudoso como en el argumento cosmológico si no conviene atribuirle al mundo tal ley de vida immanente y suficiente antes que recurrir á un autor transcendente y espiritual. Empero, si no encontramos una regularidad cabal y siempre igual á sí misma (y ello es que la experiencia no puede llegar jamás á ser completa), queda desvirtuado también el argumento con que se pretendía probar que el mundo debe su origen á un ser absolutamente sabio y perfecto; porque de su cuenta correrían igualmente las imperfecciones que se hallasen en las cosas, y entonces aparecería á lo sumo como un ser relativamente poderoso, sabio y bueno.

El que haya leído lo que en otro lugar (n.ºm. 463-465) dejamos expuesto, notará en seguida que todas esas dudas provienen de no conocer la marcha de la argumentación teleológica misma, siendo, por consiguiente, golpes dados al aire. Volvamos á las objeciones kantianas, tales como suele presentárselas hoy día.

667. Antes de abordar los diferentes puntos debemos recordar é insistir, para que no se olvide, que con nuestro argumento no se intenta hacer pasar la tendencia final entera por cosa ajena á los entes naturales é impuesta á ellos desde fuera. Esa es la concepción del mecanismo platonizante que hemos refutado ampliamente en otro lugar (n.ºm. 227 y siguientes). Harto extraño es que desde KANT todos los adversarios de la argumentación físico-teológica presenten dicho argumento concebido del modo platónico antes mencionado, y lo refuten después no sin apariencia de profundidad. El catedrático KUÑO FISCHER lo formula en los términos siguientes: "Hecho de experiencia es un orden conducente en el cual las cosas naturales concuerdan unas con otras y están enlazadas entre sí conforme á cierto plan; este orden no se explica con el solo recurso á las causas mecánicas de la naturaleza, ni, por lo tanto, ateniéndose á las cosas mismas; antes es contingente en las cosas y presupone un ser distinto del mundo, autor del orden que en él reina. Este ser ordenador no puede ser ningún poder

ciego, sino que debe ser inteligencia, entendimiento y voluntad, en suma, *espíritu*; y dado que el orden del mundo es uno y concorde, es fuerza concebir á aquel espíritu ordenador como *uno* solamente, esto es, como causa suprema del mundo, ó sea como Dios <sup>1</sup>. Y lo dicho por FISCHER es repetido por los demás espadas de la Filosofía poskantiana, conforme al refrán: "Según canta el abad responde el sacristán."

Contra el argumento teleológico de esa manera tergiversado el estimado catedrático dirige sus baterías, las que, si bien no están cargadas más que de pensamientos kantianos, ofrecen bastante interés para que las volvamos á montar aquí, delante del lector, todas é íntegras, salvo algunas omisiones del todo insignificantes, pues contienen, según queda dicho, *in nucleo* cuantos "pensamientos," el tiempo moderno ha producido contra aquel argumento, pareciendo haberse agotado en ellas todo el poder de la especulación contemporánea.

"Para demostrar la existencia de un autor del mundo, dice el catedrático FISCHER, ese argumento es insuficiente en todo caso; á lo más, podría demostrar la de un *formador* del mundo. A fin de demostrar esa existencia conclúyese en la argumentación teleológica por analogía (los artefactos humanos), empleando, por tanto, un procedimiento silogístico cuyo alcance no va, cualesquiera que sean las circunstancias, más allá de lo verosímil; pero en el caso presente no llega siquiera hasta allí, pues que se pone ahí una causa (el concepto comprensivo de todas las realidades, la absoluta omnipotencia y sabiduría) *sin ninguna relación al efecto* ni posibilidad alguna de comprender jamás semejante relación.... Que exista, en efecto, un orden (en la naturaleza), no está probado ni mucho menos; cuando más, esto es una suposición fundada, no en la experiencia científica, sino estética, la cual carece de toda fuerza lógica. Aunque se conceda que exista aquel orden, ó sea que todas las cosas están entrelazadas en la naturaleza por una conveniencia acomodada á sus fines, *¿por qué no puede haber provenido esa armonía de la disposición natural de las cosas mismas?* ¿Por qué hemos de creer que es *contingente* respecto de las cosas mismas? Luego no está probado ni el hecho del orden ni su *contingencia*. Mas aunque dejemos pasar estos dos puntos de partida del argumento físico-teológico, que no han sido probados ni pueden serlo, desde aquí nuestro argumento no diferiría del cosmológico, que ya conocemos y hemos visto desembocar en el ontológico <sup>2</sup>."

<sup>1</sup> *Historia de la Filosofía moderna*, tomo III, pág. 385.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*, pág. 386.

En cuanto á la existencia segura del orden teleológico en la naturaleza, ya hemos adelantado el necesario esclarecimiento de los hechos al catedrático FISCHER y sus correligionarios. Ahora vamos á ocuparnos con él en cuanto *la disposición natural de las cosas*, se dice que nos dispensa de la necesidad de admitir un Criador inteligente como autor del orden final.

Para gran satisfacción nuestra podemos tranquilizar al célebre sabio recordándole que *la filosofía de los tiempos pasados derivaba, del modo más terminante, la armonía teleológica por una parte y en primer término, de "la disposición natural, de las cosas, y no la consideraba, por tanto, como contingente respecto de las cosas mismas*, haciendo entrar á las cosas hasta en la base sobre la cual construía la argumentación físico-teológica (núm. 522 y 552). Nada sabe de esto KANT, de cuya horripilante ignorancia de la filosofía antigua podría escribirse todo un libro. Tampoco creemos que, como FISCHER, haya dejado de utilizar *adrede* el argumento tal como acabamos de proponerlo; antes estamos convencidos de que lo conocía mal, lo que no sería extraño dada la lastimosa estrechez del horizonte filosófico moderno; de suerte que nos halaga el pensamiento de haber llenado un hueco en el saber del filósofo é historiador. Ahora pasemos á examinar el argumento rectificado.

668. No hemos menester detenernos mucho en ponderar la necesidad de que el *orden conveniente* del mundo tenga su razón de ser lo mismo que su existencia, toda vez que á la validez lógica del principio de causalidad no atentan los kantianos, ni SCHOPENHAUER siquiera, con haber roído en la ley de la causa suficiente hasta sus más hondas raíces. "Podemos concebir, dice SCHOPENHAUER, que la ley de gravedad cese algún día de obrar, mas no que tal suceda sin causa." Todos los hombres de seso hacen estribar toda necesidad *lógica* en una necesidad *ontológica*. ¿Dónde está, pues, ese fundamento ontológico?

Nosotros estamos persuadidos de que es absolutamente imposible que la investigación filosófica de la naturaleza, con tal que cuide de no apartarse de la lógica sana, dé jamás con otra contestación á esta pregunta que la que ha dado la Filosofía cultivada en la Iglesia católica. En otro lugar (núm. 460 y siguientes) ya tuvimos ocasión de mostrar el camino recorrido por aquella Filosofía hasta llegar á Dios, camino que permanece hasta el día de hoy sin destruir é indestructible. Sin embargo, la "Ciencia", inspirada por el odio á Dios, no dispara contra ninguna otra verdad tantos sofismas huecos y frases vacías de sentido como contra la que venimos discutiendo. El ateísmo imperante en esferas "altas", de cierta suerte de sabios, recomienda, con la voz hueca y retumbante de un

oráculo infalible y con giros oratorios de los más brillantes, á la muchedumbre crédula ó ciega, é incapaz de todo juicio sereno, una doctrina que puede condensarse en las proposiciones siguientes:

“La idea de inferir del orden universal un ordenador supremundano, no pudo ocurrirse sino á los hombres de la Edad Media con su conocimiento deficiente del mundo.”

“El sistema ptolemaico del mundo, cuyo absurdo está probado tiempo ha, debió su existencia y la larga duración de su imperio á las relaciones favorables que lo unían á la Teología cristiana, ó bien, según se expresa SCHOPENHAUER, “hasta el principio del siglo XVI la humanidad tuvo que arrastrar la pesada carga del sistema ptolemaico para gran provecho de la doctrina religiosa judaico-cristiana, incompatible en el fondo con el sistema copernicano; pues ¿cómo ha de haber Dios en el cielo si no hay cielo?”

“El pujante espíritu investigador que despertó con COPÉRNICO y KEPLERO toma un carácter, si bien inconscientemente, hostil á Dios; pues basta echar una mirada á los descubrimientos de aquellos ingenios insignes para echar de ver en seguida cómo la fe en Dios fué perdiendo terreno al mismo paso con que progresaba la explicación mecánica del mundo.”

“La equivalencia de todas las fuerzas y substancias del universo, probada por NEWTON y los sabios que siguieron sus huellas, nos dispensa de la existencia, si es que no la hace imposible, de un Dios extramundano.”

“Singularmente fué la teoría cosmogónica de KANT-LAPLACE la que evidenció que no es menester salir del mundo mismo para dar con la última razón que explique su existencia; popularizácese la Astronomía física cual fué expuesta ya por KANT, é irá al traste el teísmo cristiano. Y si restaban algunas dudas, los adelantos asombrosos realizados en lo que llevamos de siglo las han disipado y han arrojado sobre ellas toda la luz que era de desear.”

Tales y parecidos son los oráculos con los que el espíritu maligno, inspirador de nuestra era revolucionaria, embauca á los humanos, aprisionándolos en el ateísmo, preñado de muerte y exterminio. No hay sino poner á buena luz esas afirmaciones, reduciéndolas á la verdad histórica, para conocer todo lo baladíes que son. Que no pese al lector tener que acompañarnos en esta excursión á terrenos algo remotos y escabrosos, que ya cuidaremos de ser todo lo breves y claros que nos consienta la materia.

**669.** Frente á la gritería de nuestros adversarios, que quisie-

<sup>1</sup> *Faverga y Parahipomena*, tomo I, pág. 55.

ran hacer pasar la argumentación teleológica por una teoría medioeval de algunos ánimos exaltados, sustentamos que, siempre que los hombres discurrieron sin prevención sobre el origen del mundo, tuvieron á Dios por autor y ordenador supramundano del universo.

Examinemos, pues, la Filosofía de la *antigüedad*. Si bien su ambiente no es claro<sup>1</sup>, hay en ella luz bastante para ver que ya entonces se infería del orden del universo la existencia de un ordenador transcendente, mereciendo notarse que se concebía aquel orden antes en el sentido de COPÉRNICO que en el de PROLOMEO<sup>2</sup>.

Un contemporáneo de ARISTÓTELES, EUDEMIO RHODIO, refiere que el milesio ANAXIMANDRO, el cual murió poco después de 547, y por tanto que vivió en el siglo de TALES y PITÁGORAS, había enseñado que la Tierra estaba en vilo, en el aire, girando alrededor del centro del mundo (*πρὸς τὸ τοῦ κόσμου μέσον*). El principio en que lo fundaba todo era lo infinito (*τὸ ἄπειρον*), el cual, sin tener principio él mismo, lo era de todas las demás cosas, las abrazaba y gobernaba todas, *siendo lo divino*, á saber, inmortal é inmutabile.

XENÓFANES, fundador de la escuela llamada eleática, habla siempre de una sola Divinidad, elevada sobre todas las cosas finitas. Dice de Dios que era todo vista y oídos, pero no respiración; todo él entendimiento é inteligencia y eterno, y que lo rigie todo sin trabajo con el poder de su inteligencia.

Pocos decenios después de XENÓFANES encontramos al efesio HERÁCLITO, adivino obscuro, quien decía del universo que es un fuego eternamente vivo, encendiéndose y volviendo á extinguirse según ritmos y medidas: *un juego que Júpiter hacia consigo*

<sup>1</sup> Consecuencia era ésta del denso velo del secreto con que rodeaban sus doctrinas de intento todas las asociaciones de sabios de la antigüedad, á fin de ocultarlas á los ojos de los profanos. CLEMENTE DE ALEXANDRIA dice acerca del particular que casi todos los que entre los bárbaros y griegos trataron de Dios y las cosas divinas mencionaron la causa primera de las cosas solamente en lenguaje velado, envolviendo la verdad en enigmas é imágenes, del mismo modo que lo hacían entre los griegos los oráculos. (*Stromat.*, lib. V, cap. IV, edición de Potter, pág. 658.)

<sup>2</sup> Tampoco debe olvidarse que en los fragmentos antiguos de la labor intelectual de los griegos no poseemos más que los escombros de un conocimiento sumamente perfecto que había ya desaparecido entre ellos. DIOGÉNES LAERTIO refiere que los mismos griegos opinaban que su sabiduría provenía de los bárbaros. CLEMENTE DE ALEXANDRIA enumera, en el libro I de sus celebradas *Stromatas*, á los maestros de los bárbaros, entre los cuales la ciencia había florecido antes de llegar á los griegos, diciendo que faeron la casta de profetas de los sacerdotes egipcios, los caldeos entre los asirios, los druidas entre los galos, etc. (Edic. de Potter, pág. 359.) Según refiere PLATÓN, un sacerdote egipcio dijo al sabio griego SOLÓN: «Vosotros los griegos no acabáis de ser niños, y no hay viejo alguno entre vosotros; en cuanto al espíritu todos sois mozos, porque no tenéis ninguna tradición antigua ni ninguna sabiduría enanecida por la Ciencia.» Véase, pues, que el testimonio universal de todos los tiempos da fe á la verdad en cuestión se pierde en la más remota antigüedad. Acerca de las relaciones entre la sabiduría griega y la doctrina de las demás naciones antiguas, debe leerse la obra del Barón ALBERTO DE TRUBS, *Die harmonikale Symbolik des Altertums*. Colonia, 1868 y 1876.

mismo. Al Logos que reinaba en la esencia del universo le llamaba "lo Justo", "la Justicia", *el designio de Dios que lo había decretado*, "el único sabio del cual, como por un designio, todo sería gobernado por medio de todo".

Particularmente fué ANAXÁGORAS, el amigo y maestro del gran PERICLES, quien distinguía claramente la inteligencia (*νοῦς*), como razón del orden universal, de este orden mismo, por lo cual ARISTÓTELES le aplaude diciendo que, comparado con los insensatos de antes, aparecía como un hombre sensato (núm 84).

La Filosofía pitagórica, que tan preferente atención dedicaba á las leyes armónicas de toda la naturaleza, se representaba como Divinidad al Uno que reina sobre el orden del mundo. Así como la unidad, con ser el principio del universo, está elevada sobre todo número, también la Divinidad, con ser el principio del universo, se eleva sobre las cosas ordenadas según el número y la medida. Y nótese que los pitagóricos, según todo lo indica, ponían en su sistema cósmico al Sol en el centro del universo <sup>2</sup>.

Es de lamentar que PLATÓN envolviera en misterioso ropaje su concepción del mundo, tal como la expone particularmente en el *Timeo*. En cuanto es posible sacar algún sentido de tanta obscuridad, dice que el universo, cuya hermosura y excelencia admira como el que más, no es eterno, sino que ha sido hecho por el mejor Arquitecto como copia del tipo más hermoso; Dios, bondad absoluta, infinitamente perfecto, inmutable, omnipresente, superior á todo tiempo y libre de toda envidia, introdujo en el revuelto caos de la materia el orden y la medida matemática, poniendo la razón del mundo en el *alma universal*, á la cual vistió con el mundo como con un cuerpo, ejerciendo de allí en adelante una Providencia que nada descuida mediante espíritus subordinados (dioses-astros y demonios). Hay que distinguir el mundo según es concebido por el pensamiento humano, del mundo según es hecho y es

<sup>1</sup> Véase la obra citada de THYMUS, tomo I, pág. 522.

<sup>2</sup> Los pitagóricos de Italia pretendían haber recibido ya de su maestro la doctrina de que la Tierra tiene la forma de un globo, y que su superficie se divide en cinco zonas. Para explicar el movimiento de los astros, ΠΥΘΑΓΟΡΑΣ suponía que, siendo fundamento del mundo la armonía, habrá en el centro del universo un solo principio motor, el cual, conforme á la ley del número y de la armonía, obra á lo lejos. Según refiere TAYLOR los EXAMENES, ΠΥΘΑΓΟΡΑΣ enseñaba ya que la irregularidad de los planetas no es más que apariencia originada por la confusión de varios movimientos circulares é iguales. (THEZENS, *Astrométrie*, edición Martin, pág. 212.) El más célebre es el sistema de FILOLAO, contemporáneo de DEMÓCRITO. Según éste, el universo se había formado primero en sus partes principales. En el centro se halla el foco del mundo (ἐστὶ τὸ πᾶσι κέντρον), medida de la naturaleza, ley cósmica, armonía (συνοχή). Hacia fuera, el mundo es separado de lo indeterminado (ἄπειρον) por lo incoloro, etéreo, invisible; entre el foco central y su limitación se mueven las diferentes esferas ó los cuerpos celestes. No es éste lugar oportuno para entrar en los pormenores muy debatidos de la Astronomía pitagórica. Cf. el libro de THYMUS y la obra de SCHAPARELLI, *Los precursores de Copérnico* (traducción alemana), Leipzig, 1876.

visible á nuestros ojos; éste es respecto del otro lo que es la copia comparada con el original <sup>1</sup>.

670. Que la antigua Filosofía griega establece en último resultado una inteligencia fuera del mundo para explicar el orden del mismo, es un hecho que en vano trata de destruir el odio altivo que los amigos de la civilización moderna profesan á Dios.

Mas tarde se modificó en suelo griego, ó mejor dicho, se consolidó, una explicación del mundo, como resultado de la cual debe ser considerado el sistema de PROLOMEO. A menudo se oye que fueron intereses religiosos los que hicieron errar á la investigación, sin que la Historia facilite dato alguno que pueda servir para corroborar ese aserto.

La corriente de ideas en cuestión partía de la consideración, acertada en general, de que para investigar la realidad astronómica era menester no dejarse guiar únicamente por la Geometría, sino que competía también á la Física intervenir en el asunto. Desgraciadamente, la Física de aquel tiempo adolecía de grandes defectos. Aunque se acertaba á explicar de cualquier modo la rotación diaria de la bóveda celeste, era preciso hallar una explicación en concordancia con las leyes conocidas de la Física á fin de comprender cómo era que el Sol, la Luna y los planetas no avanzaban con la bóveda, sino que recorrían, independientes del movimiento de ésta, los signos del Zodíaco, y que en periodos determinados se eclipsaban el Sol y la Luna, y otros fenómenos por el estilo. No se debe extrañar, por tanto, que hasta un ingenio tan excepcional como el de ARISTÓTELES fuese inducido, por la estima en que tenía á la empírica Física, á creer que aquellas estrellas estables estaban adheridas á esferas propias, unidas con la esfera de los demás astros mediante goznes especiales, á pesar de lo cual

<sup>1</sup> Tocante al *alma universal* (alma del mundo), sería difícil decir qué entendieron por ella los antiguos. PLATÓN llama á este mundo un ser dotado de alma ó inteligencia (ψυχή). Del *alma universal* dice: «Entretejida en todas partes desde el centro hasta la extremidad del cielo, envolviéndole desde fuera en círculo y moviéndose en sí misma, aquella tomó el divino origen de una vida perdurable é inteligente para siempre; el cuerpo del cielo se ha hecho visible; el alma misma, empero, si bien permanece invisible, es partícipe del pensamiento y de la armonía de las eternas ideas, habiendo sido engendrada por el óptimo, y siendo lo mejor de todo lo que ha sido engendrado.» Algunos Padres han visto en estas y semejantes frases, á cual más obsecaras, una indicación débil del Logos, del Verbo Eterno, segunda Persona de la Santísima Trinidad. Esta fué la opinión de SAN AGUSTÍN y JUSTINO mártir. El que se adhiera al parecer de THYMUS, según el cual no hay que buscar los gérmenes de esta doctrina en Grecia ni en Egipto, sino más bien tuvo su primer desarrollo en aquella parte del Asia que debe ser considerada como cuna del linaje humano, tendrá por nada inverosímil que esas antiguas filosofías encierran todavía vestigios de la *revelación primitiva*. En este caso la noción del *alma universal* respondería al verdadero concepto de la *palabra creadora* de Dios, por la cual todo ha sido hecho, del eterno é invisible tipo original del mundo creado percibido por los sentidos. Ya PLATÓN oscureció la verdad primitiva hasta el punto de presentar la *copia del original* eterno, hecha con el mundo, como principio uno que anima y actúa al mundo. A aberraciones posteriores quedó reservado exagerar este monismo puramente natural hasta llegar al monismo panteístico.

tenían sus movimientos aparte. Trabajábase con asiduidad asombrosa por construir, conforme á las leyes físicas, esa máquina cósmica giratoria y sumamente complicada. En esta base estribaba el sistema ptolemaico, que parecía explicar á satisfacción todas las desigualdades de las órbitas planetarias, y que, por lo mismo, hacía muy difícil volver al sistema astronómico verdadero.

La Filosofía de la Edad Media aceptaba los epiciclos ptolemaicos de manos de los naturalistas sin someterlos á un examen profundo<sup>1</sup>.

671. ¿Pero no está relacionada la doctrina aristotélica de Dios

<sup>1</sup> Lo que de aquí se ha querido inferir contra el saber de la católica Edad Media pertenece á los «dogmas definidos», que no debe poner en tela de juicio nadie que se precie de estar á la altura del tiempo. La *Historia de las ciencias inductivas* de W. WHEWELL (traducción alemana por LITTMOW), que tanto abunda en asertos ocultos á la ciencia católica, no descuida, como es natural, esta feliz ocasión, pues dice allí donde trata del particular: «Los griegos ya habían manifestado con mucha decisión (?) opiniones heliocéntricas en señal de que habían abordado el asunto con nociones claras (?) y espíritu vigoroso (!), así como, al contrario, debe tenerse por una prueba de la debilidad y servilismo intelectual de la Edad Media el que durante todo un millar de años no se hallase un solo hombre á quien ocurriese examinar el verdadero valor de esa hipótesis y exponerla con arreglo á los conocimientos adelantados de la Astronomía de su tiempo.» (Tomo I, pág. 380.)

Para esclarecer la cuestión vamos á reproducir el juicio de SCHIAPARELLI, el cual, en cuanto disculpa á los antiguos griegos, defiende también á la Edad Media (sólo que la alusión á la Astrología no tiene aplicación á ella, toda vez que la Astrología tenía su más decidido adversario en la ciencia católica). El célebre astrónomo milanés dice así: «La Física era, por desgracia, impotente para facilitar auxilios valiosos en esa cuestión, y predominaba, por tanto, el lenguaje de la hipótesis geocéntrica, favorecida por la opinión de las escuelas reinantes á la sazón. Después de introducir los epiciclos, aquella hipótesis representaba los fenómenos en nada peor que cualquier otra, y admitía la aplicación directa y fácil del cálculo trigonométrico. La facilidad y relativa seguridad con la cual se podían calcular por ella las posiciones aparentes de los astros, y ante todo la importancia de las obras en ella fundadas; la posibilidad de satisfacer con ellas las necesidades de la Astrología, cada día más pujante por desgracia, hicieron que se desmintiesen casi las reflexiones de los pitagóricos, de PLATÓN, HERÁCLITO y ARISTARCO, todavía no desarrolladas bastante por sus autores para que fuese posible sacar de ellas las consecuencias en el terreno de la Astronomía práctica. No era extraño á los filósofos la idea del movimiento de la Tierra; autores célebres como ARISTÓTELES y PROCLAMO la juzgaron digna de que se la refutase; SÉNACA la tenía por admisible; pero los más la consideraban como una opinión errónea, algunos por cosa execrable é impúdica. Los astrólogos la combatían con toda su fuerza, temiendo que derrubase el fundamento de sus embustes. Además, siendo fácil conciliar, mediante los epiciclos, los fenómenos celestes con la inmovilidad de la Tierra, los astrónomos no necesitaban ya buscar otras hipótesis; nada mostraba ya la necesidad de tornar á la suposición del movimiento de la Tierra, tan contraria al vulgo y á la vez á los dogmas de las escuelas imperantes, llenos de contradicciones en aquel tiempo, que desconocía por completo la ciencia del movimiento.

No era, pues, la carencia de sagacidad geométrica ó de fuerza especulativa la que impidió á los griegos adoptar el verdadero sistema. Conocían lo mismo que nosotros las tres combinaciones de movimientos que llamamos sistemas de PROCLAMO, COPERNICO y TYCHO; conocían además otras, y como la jerga digna de que se la refutase; SÉNACA la tenía por admisible; pero los más la consideraban como una opinión errónea, algunos por cosa execrable é impúdica. Los astrólogos la combatían con toda su fuerza, temiendo que derrubase el fundamento de sus embustes. Además, siendo fácil conciliar, mediante los epiciclos, los fenómenos celestes con la inmovilidad de la Tierra, los astrónomos no necesitaban ya buscar otras hipótesis; nada mostraba ya la necesidad de tornar á la suposición del movimiento de la Tierra, tan contraria al vulgo y á la vez á los dogmas de las escuelas imperantes, llenos de contradicciones en aquel tiempo, que desconocía por completo la ciencia del movimiento.

No era, pues, la carencia de sagacidad geométrica ó de fuerza especulativa la que impidió á los griegos adoptar el verdadero sistema. Conocían lo mismo que nosotros las tres combinaciones de movimientos que llamamos sistemas de PROCLAMO, COPERNICO y TYCHO; conocían además otras, y como la jerga digna de que se la refutase; SÉNACA la tenía por admisible; pero los más la consideraban como una opinión errónea, algunos por cosa execrable é impúdica. Los astrólogos la combatían con toda su fuerza, temiendo que derrubase el fundamento de sus embustes. Además, siendo fácil conciliar, mediante los epiciclos, los fenómenos celestes con la inmovilidad de la Tierra, los astrónomos no necesitaban ya buscar otras hipótesis; nada mostraba ya la necesidad de tornar á la suposición del movimiento de la Tierra, tan contraria al vulgo y á la vez á los dogmas de las escuelas imperantes, llenos de contradicciones en aquel tiempo, que desconocía por completo la ciencia del movimiento.

No era, pues, la carencia de sagacidad geométrica ó de fuerza especulativa la que impidió á los griegos adoptar el verdadero sistema. Conocían lo mismo que nosotros las tres combinaciones de movimientos que llamamos sistemas de PROCLAMO, COPERNICO y TYCHO; conocían además otras, y como la jerga digna de que se la refutase; SÉNACA la tenía por admisible; pero los más la consideraban como una opinión errónea, algunos por cosa execrable é impúdica. Los astrólogos la combatían con toda su fuerza, temiendo que derrubase el fundamento de sus embustes. Además, siendo fácil conciliar, mediante los epiciclos, los fenómenos celestes con la inmovilidad de la Tierra, los astrónomos no necesitaban ya buscar otras hipótesis; nada mostraba ya la necesidad de tornar á la suposición del movimiento de la Tierra, tan contraria al vulgo y á la vez á los dogmas de las escuelas imperantes, llenos de contradicciones en aquel tiempo, que desconocía por completo la ciencia del movimiento.

si no le hubieran seguido GALILEO y NEWTON creando una Física más segura de la que fué aquella que hasta entonces había imperado en las escuelas.» (SCHIAPARELLI, *Los precursores de Copérnico en la antigüedad*, págs. 83-86.)

con su errada concepción del mundo? ¿No nos muestra el Estagirita cómo Dios pone en movimiento el mundo, y en primer término la esfera más extrema del mundo, con necesidad, y, por tanto, desde la eternidad? No hemos de negar que ARISTÓTELES trató de armonizar su doctrina de Dios con su Astronomía, así como tampoco queremos negar que la doctrina aristotélica respecto de la relación de Dios con el mundo está plagada de defectos considerables<sup>1</sup>.

No obstante, estos defectos dejan intacto el pensamiento aristotélico relativo al ordenador extramundano del universo. No hay que darle vueltas: ARISTÓTELES ve en Dios el principio absolutamente primero, y el origen de todo lo existente, la realidad pura é íntegra, un ser absolutamente simple, eterno é inmutable, la vida absoluta que se satisface á sí misma, y, por tanto, no necesita de nada, la inteligencia pura y contemplativa absorbe en sí propia para su dicha inefable<sup>2</sup>. ¿Y cómo se figuraba el Estagirita la relación de Dios con el orden del universo? Sería prolijo alegar aquí todos los pasajes en los que infiere del orden del mundo que Dios es el fin de todo lo que existe y la causa eficiente de todo. Nos contentaremos con poco.

En el libro XI de la *Metafísica*, cap. X, ARISTÓTELES censura á ANAXÁGORAS porque, habiendo admitido, con razón, que la inteligencia es el primer principio motor, dejara de indicar cómo tal cosa sea posible, dado que á esa aserción se oponía una dificultad grande, la cual consiste en que el fin á causa del cual la inteligencia actúa y obra es, en cuanto tal, cosa distinta de la inteligencia, del mismo modo que el orden de la batalla está fuera del general y la salud está fuera del médico. ANAXÁGORAS no abordó esta

<sup>1</sup> Sin embargo, es igualmente cierto que gran número de errores son imputados á aquel insigne pensador del paganismo con la mayor falta de razón. Digna, por ejemplo, que afirmó que Dios se hallaba solamente sobre la más extrema circunferencia del mundo, moviéndolo desde allí, no como causa física, sino sólo como fin, y bien supremo de todas las cosas, en tanto que él aspiraba inmediatamente aquella inteligencia que impera en la esfera más remota del orden (aserto combatido por BRENTANO, *Psicología de Aristóteles* (obra en alemán), Maguncia, 1867, suplemento). Hay también quien le hace decir que Dios no conoce las cosas individuales (acercas de lo cual conviene leer que S. TOMÁS, *Metafísica*, lib. XII, lect. 11 §; SUÁREZ, *Metafísica*, d. 30, s. 15, n. 417); de suerte que no hay una Providencia que todo lo abarca y comprende; el movimiento que arranca de Dios, primer motor, con necesidad rigida y eterna, se extiende solamente á los géneros y especies de las cosas, ó sea al orden del mundo en general, y particularmente á la conservación ordenada de las esferas celestes. Temerarios alejarnos demasiado del objeto de nuestra discusión si entremos en los pormenores relativos á estas interesantes cuestiones de detalle. Aun cuando ARISTÓTELES hubiese enseñado todos los errores que le sechan en cara, seguirá siendo un testigo irrefutable de la verdad que aquí nos ocupa.

<sup>2</sup> ARISTÓTELES no se ha expresado con la claridad apetecible acerca de la omnipotencia de Dios. Mas es fuerza que conciba á Dios también como omnipotente quien tiene tan claras nociones de la infinitud, de la para realidad é inmutabilidad de Dios. No faltan indicios de que ARISTÓTELES pensó así de Dios en efecto. Por ejemplo, cita un dicho de HERÁCLITO, aplaudiéndolo, el cual, sentado en una panadería para calentarse, invitó á los que venían á verle á que se acercasen, observando que aun en aquel lugar eran presentes divinidades inmortales. (π. ζ. ζ' ἄνθρωποι, I, 5, 364a.)

dificultad; pero ella desaparece si se advierte que aquello que ha de ser alcanzado se halla como *pensamiento* en la inteligencia del general ó del médico; de modo que lo pensado es en cierta manera el fin, y el pensamiento divino es en cierta manera el orden del mundo, á causa del cual posee su respectivo ser cada una de las cosas que lo componen.

Que, pues, ANAXÁGORAS haga de la inteligencia divina la razón y causa primordial de todas las cosas, lo encuentra ARISTÓTELES muy puesto en razón; solamente añade que el fin coincide con ese principio eficiente. De esta suerte, según ARISTÓTELES, Dios es la causa primera y el fin último de todo el mundo; no es principio del mundo del modo que el *orden* en el ejército, como *forma inmanente*, sino como substancia separada, como el general en jefe en el ejército. Semejante al general que ordena sus huestes, Dios es el fin de todas las cosas; el jefe, empero, no es solamente fin, sino que es también el principio eficiente de todo aquello cuyo fin es. En este sentido ARISTÓTELES insiste en la *unidad* de Dios, terminando su *Metafísica* con el conocido verso de HOMERO: "No es buena la policracia; uno debe ser señor."

ARISTÓTELES ha dado á su profundo pensamiento un giro más popular, el cual nos ha sido conservado por CICERÓN. De mal grado nos absteníamos de ponerlo aquí en substancia. En el libro III del *Diálogo sobre la Filosofía*, ARISTÓTELES dice según refiere el orador romano: "Hay que figurarse á hombres que viven desde antiguo debajo de tierra en habitaciones buenas y bien alumbradas, adornadas de estatuas y cuadros, y bien provistas de todo lo que está á disposición de hombres opulentos, y que, sin haber subido jamás á la superficie de la tierra, saben por una tradición obscura que hay una Divinidad y un poder divino. Pues si á esos hombres se les abriese la tierra de modo que pudieran subir de sus viviendas ocultas á las regiones que nosotros habitamos, y ver de repente la tierra, los mares y el cielo, y percibir las moles de las nubes y la violencia de los vientos; si después levantasen su mirada al Sol contemplando su magnitud y hermosura, y también su influencia, viendo que es él quien hace el día derramando su luz por todo el cielo; y si, sumida luego la tierra en las sombras de la noche, viesan todo el cielo sembrado y guarnecido de estrellas, y contemplasen la inefable luz de la Luna observando cómo crece y mengua, el oriente y ocaso de todos estos cuerpos celestes, y su curso siempre inalterable, á la verdad, entonces creerían que realmente hay potestades divinas y que de poderes divinos proceden estas obras asombrosas".

<sup>1</sup> CICERÓN, de *Natura deorum*, II, 37, 95.

Parécenos que lo dicho basta para pulverizar el aserto de que la convicción que ARISTÓTELES, como hombre de ciencia, abrigaba acerca de la existencia de un ordenador transcendental del mundo, corre riesgo á causa de la flaqueza de su Astronomía geocéntrica, así como deshacer la afirmación general de que la fe en Dios deba algo al sistema ptolemaico.

622. En lo que acabamos de exponer hemos disfrutado el placer de advertir cómo en medio de la negra noche del paganismo los más insignes pensadores depositaban el testimonio de la Ciencia á los pies de la verdad de que venimos tratando. Pasando ahora por encima de la Edad Media al tiempo *moderno*, entramos en otra noche que, obscureciéndose más y más, engendra una corrupción que aumenta sin cesar, y un odio á Dios que es cada vez más franco. Jamás hombre alguno se rebeló contra la autoridad de Dios con tan claro conocimiento de lo que hacía, ni con tan furioso crujir de dientes como ciertos amigos de la civilización moderna. Pero, á pesar de esas tinieblas pavorosas, la Ciencia *verdadera* y la investigación *leal* han derramado con sus brillantes adelantos más y más luz sobre la verdad que defendemos, aunque el espíritu revolucionario del tiempo haya ensayado su arte de falsificación, ante todo en el saber y la investigación. A menudo se oye la afirmación de que toda la investigación moderna de la Naturaleza está llena é imbuida de un espíritu esencialmente ateísta. Mas así no habla sino aquella voluntad incorregible que se aparta de la verdad. Esto se conocerá no bien pongamos delante los rasgos principales de los adelantos que ha hecho la ciencia natural en cuanto toca á nuestra cuestión.

En el alba que precede á la nueva Era nos enseñan al gran COPÉRNICO (1473-1543). El Canónigo prusiano y, como ahora se diría, ultramontano del matiz más obscuro, no habría soñado nunca que algún día se viese en él un promovedor de la impiedad.

Donde WHEWELL <sup>1</sup> introduce á COPÉRNICO recuerda con acierto que es preciso distinguir las razones *formales* y las *físicas* entre las que pueden militar á favor de una teoría, puesto que las primeras no reflejan más que las circunstancias de tiempo y lugar propias de los fenómenos visibles, en tanto que las otras atañen á las *causas* de los mismos fenómenos relativos á la fuerza y la cantidad, y añade que fueron del género formal las causas que indujeron á COPÉRNICO á establecer su sistema. En la introducción de su obra, dedicada al Papa Pablo III, COPÉRNICO dice que, echando de menos la simetría en el antiguo sistema, y harto ya de las dudas que le acosaban respecto de él, se había puesto á esudri-

<sup>1</sup> *Historia de las ciencias inductivas*, tomo I, pág. 385.

ñar las obras de los antiguos, en las cuales halló que algunos de ellos habían admitido el movimiento de la Tierra; que si se aceptase aquella suposición, no solamente se verían explorados á toda satisfacción los fenómenos de movimiento de las estrellas, sino además todo entraría en una unión tan estrecha que no sería posible alterar ninguna parte del sistema sin perturbar el universo entero. ¡Tal fué la gran hazaña de COPÉRNICO! Nada discrepaba tal lenguaje del piadoso modo de pensar de la católica Edad Media. Pues tampoco éste se había dado por satisfecho con el sistema ptolemaico; antes se reconocía con harta frecuencia que era posible hallar otro sistema mejor <sup>1</sup>.

Mas las razones físicas eran un obstáculo que impidió, durante largo tiempo, atender cuanto merecían á las consideraciones "formales". Y aun después que había hablado el Canónigo de Frauenburgo, su pensamiento no tenía ningún título al favor de los sabios, mientras la Física estaba todavía á gusto en sus antiguas andaderas.

Peró realizóse un cambio completo cuando, á consecuencia de los grandes descubrimientos, el saber antiguo, limitado á la observación, empezó á vacilar en sus cimientos, y la Física le abrió derroteros nuevos. Entonces ya no se podía tampoco dejar de examinar una hipótesis tan ingeniosa, por atrevida que pareciera por de pronto. Mas no se olvide que el "nuevo" modo de ver los movimientos celestes comenzó á difundirse en una época en que un torrente de las más perniciosas innovaciones inundaba la vida religiosa-moral de Europa, por lo cual todos los que deseaban conservar tranquilamente el orden cristiano de la sociedad, no sin razón acogían con sospecha *todo* lo nuevo. Con todo, si en la ciencia natural se hubiese observado siempre la precaución que conviene al investigador cristiano, los sabios que avanzaban en el sentido copernicano, no habrían excitado los temores de la Autoridad eclesiástica más que COPÉRNICO mismo.

673. La obra de COPÉRNICO fué continuada por JUAN KEPLERO (1571-1630). Aquél había puesto en el lugar que les correspondía á las estrellas de nuestro sistema; de allí en adelante, la investigación debía tocar ante todo dos extremos: la causa moviente y la ley del movimiento. Respecto de aquélla, KEPLERO no consiguió nunca salir de las tinieblas. Quien desprecie á los hombres de la Edad Media porque no aplaudieron en seguida á Co-

<sup>1</sup> SANTO TOMÁS dice de los diferentes ensayos de explicación de los movimientos aparentes de los astros: « Quas non est necessarium esse veras; licet enim talibus suppositionibus factis apparent solvere, non tamen oportet dicere, has suppositiones esse veras quia forte secundum aliquem alium modum nondum ab hominibus comprehensum apparentia circa stellas solvatur » (Lib. II de Cœlo, lect. 17.)

PÉRNICO, sírvase notar qué Física tan miserable era la que traía todavía entre manos un ingenio tan insignie como KEPLERO. El célebre matemático se figura todavía la fuerza á manera de espíritus motores. En el cap. XX de su *Misterio cosmográfico* dice: " Debemos suponer una de estas dos cosas: ó que los espíritus motores se vuelven más débiles al mismo paso que se alejan del Sol, ó que existe un gran espíritu especial en el Sol, centro de todas esas órbitas, el cual pone á cada planeta en movimiento tanto más rápido cuanto más cerca de él está, y cuya influencia y fuerza disminuye y languidece en la misma medida en que los planetas se alejan de él. Para hacer ver de qué modo la fuerza del Sol lleva alrededor de sí á todas las estrellas y las contiene en sus órbitas, trae á comparación la luz y el imán, cuya eficacia disminuye igualmente tanto como aumenta la distancia. Para explicar cómo el Sol origina un movimiento oblicuo respecto del sentido en que éste se verifica, supone una rotación del Sol alrededor de su eje, opinando que semejante rotación puede causar también el movimiento de los planetas en torno del Sol. Y para hacer de algún modo plausible esta idea, imagina, como ya lo había hecho COPÉRNICO, una corriente de una substancia líquida sumamente tenue, la cual, circulando alrededor del Sol, arrastra consigo á todos los planetas como el río á las barcas. En la obra *De stella Martis*, un capítulo lleva este epígrafe: " Especulación física en la cual se demuestra que el vehiculo motor de los planetas circula en el universo semejante á un río ó remolino, con rapidez algo más grande que la de los planetas mismos. " Y á pesar de su defectuosa Física, el ingenioso varón tuvo la suerte de hallar las leyes matemáticas según las cuales se efectúan los movimientos heliocéntricos de los planetas. Indagar la *causa impelente* de la gran máquina del mundo fué tarea reservada á los investigadores que sucedieron á KEPLERO.

Hasta ahora no se le ha ocurrido todavía á nadie, que nosotros sepamos, que COPÉRNICO ó KEPLERO hubiesen creído personal y conscientemente haber hecho innecesario á Dios, en cuanto causa última del orden del mundo, con sus tesis científicas.

674. Pero se dice que se ocultaba una tendencia *inconscientemente* atea en aquel ávido afán de hallar ante todo una causa mecánica ó natural de todos los fenómenos, puesto que el estudio de la Mecánica cósmica no significa otra cosa que la eliminación de Dios. Pásmanos la ignorancia, ó mejor dicho, la frescura que se necesita para aventurar una afirmación tan horrenda. ¿No atribúan acaso todos los pensadores de la Edad Media, acordes con la filosofía de PLATÓN y ARISTÓTELES, una actividad verdadera y nunca interrumpida á todas las cosas que produ-

ce la naturaleza? ¿No vean la causa del orden que constituye la hermosura de la naturaleza en que los entes naturales mismos obran unos sobre otros, y en que en las cosas actúan fuerzas convenientes á la naturaleza de cada una, y en que, por tanto, todo efecto natural mecánico supone una causa mecánica? ¿No se muestra, según la doctrina antigua, la sabiduría divina precisamente en producir el orden natural del mundo *encomendando* las diferentes cosas á la actividad que les conviene, sin tener que corregirlo con intervención inmediata? ¿Y el estudio de las Matemáticas elimina á Dios? ¡Conque, si se averigua respecto de un libro por qué procedimiento mecánico se ejecutó su impresión, resulta eliminado su autor científico! Y cuando se enseña en la Mecánica de qué modo procede un estado de movimiento de una complicada máquina de otro que le precede con necesidad estrictamente ajustada á las leyes naturales, ¿se tienen eliminadas su disposición acomodada á su objeto y la idea del fin que su autor llevaba en la mente al construirla! ¡Ay de la Ciencia que pára en eso!

No pocas veces se ofrece á la Filosofía cristiana, de parte de los ateos, figurándose á Dios ingiriéndose en su obra sin cesar para modificarla ó enmendarla. Jamás filósofo cristiano afirmó semejante cosa. Verdad es que se exige cierto complemento á toda actividad natural dada por Dios; pero este complemento no quita, sino mantiene, el ejercicio de esa actividad; no se hace notar periódicamente aquí y acullá, antes es continuo; ni tampoco es ajeno ó contrario á la naturaleza, sino que se implica y presupone por la actividad natural de las cosas. Desde su principio y origen, la naturaleza de las cosas está dispuesta para todo su porvenir. Esta es la razón por qué el curso del mundo se desarrolla con férrea necesidad de las premisas una vez establecidas por Dios; todo lo que sucede en el transcurso del proceso del mundo, no es más que la consecuencia natural de fases precedentes. Precisamente fué la Filosofía aristotélica, que de tanta estima gozaba en la Iglesia católica, la que defendió con la mayor decisión el derecho de la ciencia natural á buscar en la naturaleza de las cosas mismas las causas de todos los fenómenos.

675. En 1610, GALILEO anunció en Venecia el descubrimiento de los satélites de Júpiter (llamados por él *planetae Medicei*), y ya se tenía en el pequeño mundo de lunas de Júpiter un modelo

<sup>1</sup> En SAN AGUSTÍN leemos estas bellas palabras: «Originaliter ac primordialiter in quadam textura elementorum cuncta jam creata sunt; sed acceptis opportunitatibus prodeunt. Nam sicut matres gravidæ sunt facibus, sic ipse mundus gravidus est causis nascentium; quæ in illo non creantur, nisi ab illa summa essentia ubi nec oritur nec moritur aliquid nec incipit esse nec desinit.» (L. III de Trinit., cap. IX.)

del sistema solar entero, completamente igual al que COPÉRNICO había establecido. Pero más aún promovió GALILEO la investigación cósmica estableciendo la ley, antes desatendida, de la *inerxia*, ó facultad de perseverar en el estado una vez adoptado, porque desde entonces se conoció por lo menos uno de los factores del movimiento planetario.

El napolitano A. BORELLI, discípulo de GALILEO, dió otro paso importante en su obra *Theoriae medicorum planetarum ex causis physicis deductæ* (1666). «Manifiesto es, léese allí en el capítulo II, que todo planeta y toda luna gira alrededor de otro cuerpo cósmico como en torno de una fuente de *atracciones*, por las que son sostenidas y guiadas aquellas estrellas; de suerte que nunca pueden alejarse de su centro, antes deben seguirle á todas partes.. Cuando se oye de qué modo BORELLI explica la esencia de aquella atracción, no se puede menos de pensar en el *appetitus naturalis* ó *impetus* de la escuela antigua. «Podemos explicar esos movimientos suponiendo que los planetas tienen *cierta propensión* á unirse con su cuerpo central, y que, en efecto, tratan con todas sus fuerzas de acercarse á aquel cuerpo alrededor del cual giran, á saber: los planetas al Sol, y las estrellas medicæ á Júpiter. Igualmente cierto es que el movimiento giratorio produce en el cuerpo que se mueve una *tendencia* á alejarse del centro de aquel círculo, como lo vemos en las hondas y en cualquier rueda. Supuesto, pues, que el planeta tiende hacia el Sol, y es al mismo tiempo alejado de este cuerpo central á consecuencia de su movimiento giratorio, siendo iguales entre sí estas dos fuerzas opuestas, se neutralizarán una á otra, y el planeta se mantendrá girando equilibrado alrededor del Sol.»

En el año 1673, el holandés HUYGENS estableció (al fin de su *Horologium oscillatorium*) algunos teoremas relativos al movimiento giratorio de los cuerpos, cuya importancia para la solución progresiva del problema cosmo-mecánico es evidente. «Si cuerpos iguales, dice, recorren en tiempos iguales las circunferencias de círculos diferentes, las fuerzas centrales son entre sí como los diámetros de aquellos círculos; si son iguales las velocidades de estos cuerpos, las fuerzas centrales son inversamente proporcionales á los diámetros de los círculos..»

Ya en 1645 BULLIALDUS había presumido, en su *Astronomia philolaica*, que la fuerza *qua Sol planetasprehendit et harpat*, decrece en razón inversa al cuadrado de las distancias á que estos planetas se hallan del Sol. Pero este autor no pasó de la presunción.

Con penetración más clara ROBERTO HOOKE se fijó en el lado propiamente mecánico de los movimientos celestes. Ya en 1666 ha-



bía leído ante la Sociedad Real de Londres una disertación en la cual expuso que la conversión de un movimiento rectilíneo en uno curvilíneo se debía á la acción de una fuerza atractiva. Con más claridad aún se expresó en 1674 en su *Ensayo en que se demuestra el movimiento de la Tierra mediante observaciones*. Allí dice que el movimiento rectilíneo de los planetas es torcido por una fuerza central, la cual va creciendo proporcionalmente á la proximidad de los planetas al Sol.

Faltaba solamente expresar la idea exacta de que la atracción — ó más correctamente hablando, la tendencia á la aproximación mutua — es propiedad de cada cosa natural, y que, por tanto, son una misma cosa la gravedad de la Tierra y la atracción de los cuerpos celestes; faltaba además la demostración rigurosamente matemática del origen de órbitas elípticas.

676. Luego vino NEWTON, y dijo clara y distintamente en su *Principia mathematica philosophiæ naturalis*: "Si todos los cuerpos se atraen mutuamente en proporción directa de sus masas y en proporción inversa á los cuadrados de sus distancias, y si se les ha comunicado á los planetas una velocidad determinada en el sentido de una tangente de su órbita, es necesario que sus movimientos se efectúen conforme á las leyes de KEPLER, exactamente como lo demuestra realmente la experiencia.."

En el resultado obtenido por el gran maestro del cálculo quedaron concluidas y rematadas en cierto modo las investigaciones de los anteriores. El método de NEWTON no consiste en aducir hechos empíricos, ni tampoco en establecer principios esencialmente nuevos, sino solamente en aplicar con matemático rigor principios ya conocidos al orden cósmico, y conseguir de este modo el reconocimiento universal de una explicación del mundo *mucho más sencilla* que la antigua.

Aquí vuelve á suscitárenos esta cuestión: La simplificación del problema del mundo, debida á la sagacidad de NEWTON, ¿no hizo tal vez más fácil el prescindir de Dios, ordenador del mundo? A lo cual respondemos que la verdad está por lo contrario. "Cuando vemos producido por el artificio más sencillo imaginable, dice LORINER, el orden y movimiento más grande y amplio imaginable, debemos colegir con necesidad que debió su origen á la inteligencia y al poder más grandes que pueden concebirse.. Y tratando de ilustrar su pensamiento con una analogía, prosigue: "El problema que la construcción de una máquina extremadamente perfecta ofrece al espíritu humano, se muestra principalmente siempre, por un lado, en la invención de los medios más sencillos, y por otro en la eficacia más grande. En la unión de estos dos requisitos estriba siempre la excelencia de todo mecanismo inventado por el espíri-

tu humano. Vemos, empero, realizadas estas dos condiciones en el grado más eminente en el mecanismo del universo sustentado por la gravedad. El medio en él aplicado se distingue por una sencillez que debe causar nuestra admiración, dándonos una idea incalculablemente elevada de la inteligencia y habilidad del artífice.."

677. Lo que realza más el mérito del gran investigador inglés, es la decisión con que pone la vista en Dios para explicar el orden del mundo. Después de recapitular brevemente diferentes movimientos de los astros en el *Scholion generale* con que termina sus *Principia mathematica philosophiæ naturalis*, continúa: "Y todos estos movimientos regulares no tienen su origen en causas mecánicas. Este lazo tan sabiamente escogido, que une entre sí el Sol, los planetas y cometas, no puede derivar su origen sino de la sabiduría y voluntad de un ser inteligente y poderoso. Y en cuanto las estrellas fijas son centros de sistemas análogos, también todas ellas, constituidas con el mismo orden, están sujetas al dominio de aquel *Uno*. Este lo rige todo, no á modo de un alma universal, sino como señor y dueño del universo. Y á causa de su dominio es llamado señor, Dios, gobernador de todo.. De una necesidad metafísica ciega, que siempre y en todas partes sea la misma, no nace mudanza alguna de las cosas. La disparidad de las cosas creadas acomodada á los tiempos y lugares, no puede provenir sino de las ideas y de la voluntad de un ser que existe con necesidad.."

Una profesión de fe tan explícita y franca es á los ojos de nuestros "amigos del progreso, precisamente un lunar que oscurece el brillo del ingenio de NEWTON, y apenas alguno de ellos pasa por delante del gran león sin pegarle la cox de costumbre. Dicen que NEWTON cometió la flaqueza imperdonable de derivar directamente de la mano impelente de Dios el impulso tangencial que inició el movimiento giratorio de los satélites y planetas. Según el filósofo berlinés DÜHRING, NEWTON se figuró el mundo á modo de una máquina, "de la cual el constructor no tiene que cuidar sino cuando el conjunto de las ruedas se perturba á consecuencia de la disposición originaria, ó cuando se le rompe alguna cosa". Sin embargo, no es solamente la fantasía de un DÜHRING la que engendra semejantes caricaturas: hay sabios más notables que sostienen asertos análogos. Por ejemplo, el catedrático LIEBMANN escribe después de exponer brevemente el ingenioso descubrimiento del insigne inglés: "¿Pero de dónde vino aquel impulso tangencial? ¿Cuál fué la mano invisible que arrojó los planetas á la esfera de

<sup>1</sup> *La Astronomía y la Teodicea*. Ratiabona, 1826, pág. 321.

<sup>2</sup> *Historia crítica de los principios de la Mecánica*. Segunda edición, pág. 384.

gravitación del Sol precisamente en *tal* sentido y con *tal* velocidad que después, abandonados á su inercia y á la gravedad universal, tienen que girar alrededor del Sol conforme á las tres leyes deducidas? *Aquí Newton no sabía más.* Aquí, pues, hizo la conclusión transcendente que pide un *primum movens*, un *ἀκίνητος κίνησις*, un Dios. Y aquí también comienzan las ideas cosmogónicas de Kant, quien indaga el mecanismo causal de los acaecimientos naturales hasta llegar al caos, del cual se desarrolló el Cosmos. Que el Cosmos, y en particular el engranaje ordenado de nuestro sistema planetario, se ha elaborado y desarrollado con arreglo á las leyes naturales y universales, y gracias á un mecanismo de causas que hizo salir á la materia de su primitivo estado caótico, y no debe referirse directamente á la admirable inteligencia y poder creador de la Divinidad — he aquí la hipótesis fundamental, el principio filosófico del pensamiento de Kant <sup>1</sup>.

De KANT hablaremos más adelante. En cuanto á NEWTON, sirva de disculpa á LIEBMANN, así como á muchos otros partidarios de KANT, el haber sido inducidos en ese dictamen errado por la inexactitud con que se expresa su maestro. Pues ¿en dónde refiere NEWTON á la Divinidad el mecanismo ordenado del mundo *directamente*? ¿Dónde hace á Dios imprimir con mano invisible á cada estrella el impulso apropiado, y arrojarla á la esfera de gravitación del Sol? Sólo *se puede* hallar ese sentido en las palabras de NEWTON cuando la gana ó el interés instiga á interpretar las palabras del sabio creyente de manera que sea fácil asestarle un golpe. ¿Pero es *preciso* entender así á NEWTON? El gran investigador pretende solamente que el orden cósmico debe referirse á Dios con necesidad absoluta, *de cualquier modo que sea*; mas en ninguna parte afirma que Dios intervinga directa y mecánicamente en los diversos movimientos cósmicos.

En prueba de ello vamos á citar algunos pasajes de las cuatro cartas dirigidas al Dr. BENTLEY, pues en ellas es donde NEWTON desarrolla más explícitamente el pensamiento arriba alegado.

En la primera de estas cartas dice: "Hay que atribuir al designio y disposición de un ser que obra con libertad el que la materia fuese dividida en dos especies, constituyendo la una cuerpos luminosos como el Sol, y la otra cuerpos opacos como los planetas. Si una causa natural y ciega hubiese colocado, sin invención ni intención, á la Tierra en el centro de la órbita de la Luna, á Júpiter en el centro de su sistema de lunas, y al Sol en el centro del sistema planetario, el Sol habría sido un cuerpo igual á la Tierra, esto

<sup>1</sup> *Análisis de la realidad*, pág. 356.

es, opaco y frío, por lo cual no conozco otra razón por qué un solo cuerpo sea capaz de comunicar luz y calor á los demás, sino que el autor del sistema lo tuvo por conveniente, y uno bastaba para iluminar y calentar á los demás." Escribe además: "El hacer que semejante sistema con todos sus movimientos exige una causa conociera y comparase entre sí la cantidad de la materia en los diferentes cuerpos del Sol y de los planetas, las fuerzas de gravedad que de ahí resultaban, así como las diferentes distancias de los principales planetas al Sol, y la de los satélites á Saturno, Júpiter y la Tierra; por fin, las velocidades con que estos planetas pueden girar alrededor de tales cantidades de materia en los cuerpos centrales. Comparar y conciliar todas estas cosas en tanta variedad de cuerpos exigió una causa, no ciega ni casual, sino conocedora consumada de la Mecánica y de la Geometría."

En la carta segunda concede que la gravedad puede poner en movimiento á los planetas; mas afirma que sin el poder divino no puede imprimirles jamás el movimiento giratorio que ejecutan en torno del Sol, pues para producirlo es necesaria una cantidad proporcionada de movimiento lateral; de lo cual colige que es preciso atribuir la construcción de este sistema á un ser inteligente, sin expresar en particular el modo como lo construyó. En la carta cuarta sostiene que la hipótesis según la cual la materia estaba en un principio difundida por todo el universo es, á su parecer, incompatible con la gravedad propia de la materia, á menos que una fuerza sobrenatural haya conciliado esas cosas, de lo cual vuelve á colegir la existencia de la Divinidad. "Porque, dice, si hay una gravedad interna, la materia de la Tierra, los planetas y demás estrellas no pueden escaparse ni difundirse, *sin fuerza sobrenatural*, uniformemente por todos los cielos; y cierto es que lo que ahora no puede suceder sin fuerza sobrenatural, no pudo tampoco en otro tiempo suceder sin la misma fuerza <sup>1</sup>."

Compréndese que semejantes manifestaciones de uno de los más insignes investigadores no sean conformes al gusto de nuestros enemigos de Dios y amigos del progreso; y también se comprende que se las sustraiga de ordinario ó se trate ingeniosamente de desvirtuar su importancia diciendo que NEWTON no estuvo en sí cuando escribió aquellas cartas.

678. Basta de NEWTON. De paso sea dicho que el criterio que LIEBNITZ aplica á esta cuestión, es idéntico al de NEWTON en los extremos esenciales. Acaso LIEBNITZ pida con más decisión aún que se dé una explicación mecánica á todos los procesos del mun-

<sup>1</sup> No siéndonos accesible el original, tomamos las citas de LORINSEZ, *Das Buch der Natur* (El libro de la Naturaleza), tomo I, pág. 3125.

do corpóreo. Para favorecer la explicación mecánica de la naturaleza, combate hasta á la *atracción* universal. Mientras que NEWTON se sirve de esta palabra como de un término auxiliar en sus cálculos matemáticos, sin atribuirle otro sentido particular, LEIBNITZ opina que semejante modo de obrar los cuerpos unos sobre otros es una acción inmediata á lo lejos, y por tanto una quimera, un absurdo, por lo cual, esto es, por salvar el interés de la Mecánica, pide que una corriente de éter, procediendo del Sol y penetrándolo todo, gire alrededor de la Tierra y origine los más diversos movimientos según la cualidad de los cuerpos; pues ya sabemos que LEIBNITZ profesaba el dinamismo por lo mismo que sin él tenía por incomprensibles las leyes del movimiento mecánico. Que al mismo tiempo, ya que no más decididamente, pero más explícitamente que su contemporáneo inglés, insiste en la necesidad de recurrir á Dios para explicar el orden del mundo, es cosa demasiado notoria para que sea menester detenerse en ella.

679. Sigamos ahora el progreso ulterior de la investigación. Constaba, pues, cuáles eran las fuerzas mecánicas que mantenían al universo en sus goznes; preguntóse luego de qué modo los cuerpos celestes habían *entrado* en sus órbitas.

No debe extrañarse que los partidarios de la concepción atística del mundo vean un triunfo de su causa en el mero hecho de proponerse semejante problema, pues no consideran que la necesidad de explicar el orden del mundo se acrecienta tanto más cuanto de más lejos es preciso traerle.

Cuando KANT conservaba aún sana su facultad de juzgar, hizo, al explicar los juicios de la Justicia divina, una observación que puede aplicarse con igual acierto á toda la disposición del universo. "Toda la serie, en cuanto el modo de disponerla, se refería al resultado final, no pudiéndose considerar, con respecto á éste, como efecto de leyes naturales universales, indica una inmediata previsión divina aún *más grande*: como que miraba á una sucesión tan larga de consecuencias para evitar los obstáculos que podían impedir la consecución precisa del efecto deseado".

Y volvamos á nuestra cuestión. NEWTON ya había llamado la atención sobre la singular armonía que impera en los movimientos de los planetas. En el lugar del *Scholion generale* que precede al pasaje arriba citado, dice: "Los seis planetas principales giran en órbitas concéntricas alrededor del Sol, en la misma dirección y casi en el mismo plano. Igualmente diez satélites de la Tierra, Júpiter y Saturno se mueven casi en la misma dirección y casi en el mismo plano que los planetas." Añade, según hemos oído, que

<sup>1</sup> Edición Rosenkranz, tomo I, pág. 213.

causas mecánicas no bastan á explicar la regularidad de estos movimientos<sup>1</sup>.

Después de esta indicación, ya no podrán dudar los investigadores del camino que habían de seguir en adelante. Era claro que en el tiempo pasado había que buscar la próxima causa común del movimiento de los planetas del Sol y de sus satélites. Una vez que se había pronunciado la palabra, que todas las estrellas del sistema solar habían formado una mole común en otro tiempo, imponíase naturalmente la idea de que los distintos planetas se desprendieron de la mole principal á consecuencia de alguna *aceleración de movimiento*.

680. MANUEL KANT pasa por haber sido quien dió expresión á esta idea por primera vez, y merece notarse que, según luego veremos, hizo tan feliz hallazgo en un período en que todavía no había abandonado el terreno del teísmo positivamente cristiano, pues que la idea cosmogónica de KANT se halla antes en contradicción la más irreconciliable, que en armonía, con su *Critica de la razón pura*.

En su *Historia universal de la naturaleza y teoría del cielo*, ó sea ya en 1755, dió publicidad al sistema que bajo el nombre de sistema de Kant-Laplace ha obtenido celebridad universal. En el primer capítulo comienza por exponer los pensamientos de NEWTON que mencionamos arriba, y prosigue después: "Supongo que todas las substancias de que se componen los globos pertenecientes á nuestro sistema solar, ó los planetas y cometas disueltos en su substancia elemental y primitiva, han llenado en el principio de todas las cosas toda la extensión del edificio del mundo, en la cual ahora circulan estos cuerpos ya consolidados. Tal estado de la naturaleza, considerado en sí sólo y sin mirar á ningún sistema,

<sup>1</sup> Encontramos reproducido este mismo pensamiento alguna vez por BURROU: « Les planètes tournent toutes dans le même sens autour du soleil et presque dans le même plan, n'y ayant que sept degrés et demi d'inclinaison entre les plans les plus éloignés de leurs orbites: cette conformité de position et de direction dans le mouvement des planètes suppose nécessairement quelque chose de commun dans leur mouvement d'impulsion, et doit faire soupçonner qu'il leur a été communiqué par une seule et même cause. » (*Histoire naturelle*, Paris, 1774, *Théorie de la Terre*, tomo I, pág. 193.) La probabilidad de que una sola causa motriz debe haber sido común á todos los planetas, es calculada por el mismo autor en la quinta potencia de 24, ó sea 7.982.624. « Cette probabilité, qui équivaut presque á une certitude, étant acquise, je cherche quel corps en mouvement a pu faire ce choc et produire cet effet » (*Loc. cit.*, pág. 196.) Después trata de demostrar la identidad de la materia de todos los planetas. « On doit donc dire que la matière dont sont composés les planètes en général, c'est á peu près la même que celle du soleil, et que par conséquent cette matière peut en avoir été séparée » (*Loc. cit.*, pág. 202.) Un poco más adelante *ya* adoptando la opinión de que un cometa, al rozarse el Sol, desprendió de él un fragmento, del cual se originaron los planetas. Apenas hay que advertir que á BURROU no se le ocurrió nunca en sus investigaciones querer *eliminar* á Dios. « La force d'impulsion á certainement été communiquée aux astres en général par la main de Dieu, lorsqu'elle donne le branle á l'univers. » (*Loc. cit.*, pág. 191.) Esta verdad, observa BURROU, no ha de ser puesta en duda por investigaciones amplias.

parece ser únicamente el más sencillo que puede suceder á la nada. En aquel tiempo todavía no se había formado nada. La composición de cuerpos celestes distantes entre sí; su distancia atemperada á los atracciones; su forma, debida al equilibrio de la materia congregada, constituyen un estado más reciente. La naturaleza que colindaba inmediatamente con la creación estaba tan ruda, tan inculca como era posible. Sin embargo, aun en las propiedades esenciales de los elementos componentes del caos se echa de ver la señal de aquella perfección que derivan de su origen, pues que su esencia es un resultado de la idea eterna de la inteligencia divina. Las propiedades más sencillas, más generales, las que parecen haber sido trazadas sin ninguna intención, la materia que parece ser solamente pasiva y necesidad de las formas y disposiciones, tiene en su estado más sencillo una tendencia á lograr, mediante una evolución natural, una constitución perfecta. Mas la disparidad de las especies de los elementos contribuye, en la parte más importante, á despertar la naturaleza é informar el caos, toda vez que la tranquilidad que, de ser iguales todos los elementos, reinaría entre ellos es turbada por su misma disparidad, empezando á formarse el caos en los puntos donde existen las partículas de la atracción más intensa.

Este mismo pensamiento lo repite, en forma más acabada y noble, en la séptima reflexión sobre el "argumento demostrativo de la existencia de Dios", esto es, en el año 1763, sin despertar con él atención alguna por aquella sazón.

Con todo esto, el filósofo regiomontano es celebrado por los partidarios del monismo naturalista de nuestros días, como "fundador de la Cosmogonía moderna", ó sea de la Cosmogonía que se pasa sin Dios <sup>1</sup>. El abominable abuso que de la "Cosmogonía moderna," se hace ante nuestros ojos casi en todas partes con el solo objeto de fomentar el antiteísmo, nos impone el deber de exponer con exactitud en qué sentido aquella teoría fué enseñada por su autor.

### § III

Dios y el origen del mundo según la teoría de Kant-Laplace.

**681.** Antes hemos suscitado la cuestión de si el conocimiento profundo del mecanismo cósmico es parte á connover, ó siquiera debilitar, la relación que, según nosotros afirmamos, existe entre el orden del mundo y una inteligencia distinta y superior á él. Vi-

<sup>1</sup> STRAUSS, *La antigua y la nueva fe*, pág. 53.

mos que de todos modos había que contestar negativamente. La moderna opinión pública, empero, mantiene la contestación afirmativa, especialmente con respecto á la concepción kantiana del mecanismo del mundo, ó más bien de la Cosmogonía mecánica. Afírmase que la Cosmogonía de KANT es la base del monismo científico-natural, y hasta se sostiene que ya su autor la propuso en sentido panteísta. Es verdad que el centro de gravedad de la cuestión se halla en la cosa misma, á saber: en decidir si, en efecto, es dable concebir el mundo como autor de su propio orden, y á los ojos de todo hombre discreto pesará muy poco en la balanza el modo como KANT se figuró el origen de la constitución del universo. Pero, dado que se obstinan en hacer valer á todo precio la autoridad del pensador alemán, tenemos que conformarnos con examinar el asunto, y hacémoslo tanto más gustosos cuanto que KANT, tan lejos aún de incurrir en sus errores criticistas en aquella época en que trazó su teoría cosmogónica, trató el problema con ejemplar corrección filosófica, mirando, por lo tanto, también al grano de la cuestión que tenemos designado. El escrito de KANT, *El único argumento demostrativo de la existencia de Dios* (1763), al cual incorporó, según ya hemos observado, su teoría cosmogónica, y que quisieran hacer pasar por panteísta, es tal vez el mejor de cuantos ha compuesto el ingenioso regiomontano, pues significaba una reacción sana contra la superficialidad inculca que reinaba á la sazón en la Teología protestante, y envolvía, sin que el autor mismo lo notase, la rehabilitación de la Filosofía de los antiguos tiempos católicos en todos los extremos esenciales. Sabemos que esta aseercción nuestra tiene muchos adversarios; pero, precisándonos éstos á citar las palabras propias de KANT en medida más extensa, nos ofrecen una ocasión excelente para corroborar de nuevo y luminoso modo la antigua verdad.

El escritor que más injusto ha estado con KANT en cuanto al punto aludido, es el Dr. K. DIETRICH, de Tubinga <sup>1</sup>. Cuando atendemos á las palabras con que DIETRICH pretende reproducir el pensamiento de KANT, parécenos oír una vez más las afirmaciones principales del monismo moderno. Pero como esto conviene á nuestro objeto, escuchémoslas: "La conveniencia realizada con los medios más sencillos de la Mecánica, en la cual se muestra la naturaleza como resultado efectivo de su desarrollo paulatino, hace presumir una causa racional y una de todo el mecanismo natural. Dado que el juego de los átomos ajustado á determinadas leyes produce una constitución harmónica del universo, es preciso que en los átomos rija una tendencia intrínseca conforme á la organización

<sup>1</sup> *Kant y Newton*, Tubinga, 1877.

más perfecta posible, la cual halla su explicación más satisfactoria en su origen común de la esencia de la Divinidad. Ya que de la evolución mecánica de la naturaleza resultan productos racionales, debe de estar animada intrínsecamente de un plan de creación concebido en gran escala. Y esta idea de una *razón divina* residente en el mecanismo consecuente de las simples fuerzas materiales, conduce á un concepto más sublime de la Divinidad., etc.

DIETRICH afirma que el pensamiento monista se despliega con más claridad aún en el escrito á menudo citado: *El único argumento demostrativo de la existencia de Dios*. "Las ideas (de KANT) relativas á una inteligencia *inmanente en el mecanismo natural* siguen la tendencia de la Filosofía natural monista, que desde el tiempo de SPINOSA había comenzado á levantarse sobre la base de la ciencia natural exacta., "Ya que concebimos el mundo aun antes de toda experiencia como un todo coherente, consideramos las cosas aisladas componentes del mundo como nacidas de una causa común., "Luego cuando pensamos una realidad unida en sí gracias á sus leyes comunes, y, por lo tanto, lógicamente concebible, pensamos en ella la vida de todas las cosas aisladas, abrazada por la vida de un ser único, á quien sólo puede atribuirse incondicionalmente el predicado de ser., "La suposición *a priori* de una causa racional y una del mundo es confirmada cuanto puede dearse por la parte de la realidad que ha sido investigada por las ciencias exactas. Cuando escudriñamos el mundo de las formas geométricas ó el reino de las leyes mecánicas, siempre hallamos una armonía y unidad admirables en la variedad y riqueza de los fenómenos. La prueba más palpable de la *unidad de esencia* de todas las cosas que nos suministra la experiencia es la tendencia al equilibrio que revelan y la ley universal de la economía que en toda la naturaleza rige. Podemos hallar también vestigios de un *nexo substancial* de todas las partes simples de la naturaleza en las numerosas analogías y semejanzas que relacionan entre sí todos los dominios de la naturaleza., "Si no hay naturaleza fuera de Dios, no hay tampoco actividad divina fuera de la naturaleza., "Cuando más complicados son los productos del mecanismo natural universal, tanto más grande parece á nuestros ojos la inteligencia de lo infinito que rige en él., "Los argumentos con que es costumbre demostrar la existencia de Dios no son concluyentes, sea cualquiera su forma., "Las usuales deducciones cosmológicas y fisico-teológicas que parten de la experiencia, no alcanzan lo que pretenden. Es preciso concebir á la Divinidad como la causa *substancial* de toda racionalidad, así en el imperio de las leyes necesarias como en el de las cosas realmente existentes; como causa, no solamente del orden, sino también del material del mun-

do. Este concepto de un ser absoluto y omnisuficiente no ha sido apreciado todavía como merece en las demostraciones de la Filosofía <sup>1</sup>.,

¡Tomemos aliento! Hemos dedicado tanta atención al modo como DIETRICH refleja el pensamiento de KANT á fin de mostrar con un ejemplo con qué inaudita ligereza nuestro monismo contemporáneo osa sacar su todo-uno del orden uniforme de la naturaleza, atreviéndose hasta á desfigurar el parecer de un sabio tan conocido como KANT. En cuanto al primer extremo, abandonamos confiados al juicio de todo hombre discreto el decidir si la admirable armonía de una obra, cual es el mundo, autoriza para identificarla con su autor inteligente. Mas lo que DIETRICH dice de KANT *no es cierto*.

§ 2. Cierto es que harlo más tarde, cuando con su *Crítica de la razón pura* se hubo quitado el suelo de debajo de los pies, KANT se deslizó en el panteísmo sin querer. Mas este monismo, al cual le condujo su idealismo en época posterior, no tenía relación alguna con su sistema cósmico; antes, siempre que habla de él, le relaciona con Dios en el sentido cristiano de la palabra. Tenemos que corroborar este asunto frente á las afirmaciones erróneas de DIETRICH. Toda vez que sería tan imposible como superfluo citar aquí *todos* los pasajes á propósito, preferimos limitarnos á reproducir algunos de aquellos en que DIETRICH mismo pretende hallar la idea monista.

En la *Historia natural y teoría del cielo*, dedicada al Rey de Prusia, KANT dice: "Encuentro á la materia ligada á ciertas leyes necesarias. Veo que de su disolución y dispersión completa se desarrolla naturalmente un todo lleno de belleza y orden. No sucede esto gracias al acaso ó azar; antes se observa que propiedades naturales así lo llevan consigo necesariamente. No es ésta causa bastante para preguntar: ¿por qué había de tener la materia precisamente aquellas leyes que tienden al orden y á la conveniencia? ¿Es posible que muchas cosas, cada una de las cuales tiene su naturaleza propia é independiente de las demás, se determinasen unas á otras precisamente de suerte que de ellas se originase un todo bien ordenado? Y sí, en efecto, así lo hacen, ¿no son una prueba irrefutable de la comunidad de su primer origen, el cual debe ser una inteligencia omnisuficiente y suprema, en la cual fueron trazadas las naturalezas de las cosas de manera que pudiesen llenar intenciones concertadas?

„La materia, elemento primordial de todas las cosas, está, pues, ligada á ciertas leyes, abandonada á las cuales debe producir ne-

<sup>1</sup> Kant y Newton, págs. 20, 61, 63, 64, 66, 67 y 68.